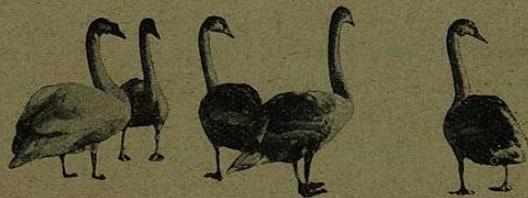


de hacer lo que se les antojara. En una palabra, se hablaba mucho, pero no se estaba seguro de nada.»

Esta serie de frivolidades era el resumen de las discusiones. Mels no notó que fuera menos bien recibido en los salones. Pero había renunciado á los galanteos y se había hecho más serio. Es verdad que frisaba en los cincuenta, lo cual debía incitarle á ser prudente. La única ocasión en que pudo notar que su conducta era tenida por irregular, fué cuando Hébert dejó la dirección de la Academia de Roma. Se trató entonces oficiosamente de reemplazarle por Mels. Pero el ministro dijo: «Sin duda alguna sería la mejor elección si no hubiera la señorita Aufridi.» La frase, repetida á Mels, le hirió en lo más vivo. Para consolarle, el ministro le nombró comendador de la Legión de honor. Teresa no recibió nada. Pero le importaba poco. Vivía tranquila sin hacer caso de la opinión y pintaba obras maestras.



## III

En el estudio de Mels, sentada en un sillón Luis XIV, en talla dorada, la condesa de Terrenoire, se hacía pintar el retrato por Teresa. Un estrado, al que se accedía por medio de dos escalones, cubierto con un tapiz azul turquesa, realzaba al modelo y le daba, envuelta en sus galas, con su estudiada actitud, el aspecto de una hermosa dama del siglo xvii. Teresa, vestida con un traje de paño marrón y un delantal con peto que le subía hasta el cuello, encaramada en un taburete, trabajaba con silencioso ardor.

El retrato iba bien. Con el busto erguido, las manos graciosas, cruzadas sobre el brazo del sillón, la cabecita algo vuelta hacia el hombro, con aire altanero, la hermosa Raimunda aparecía blanca y rubia, y con una prodigiosa semejanza. Sabía colocarse admirablemente, como mujer acostumbrada á la representación mundana y á guardar una actitud estudiada bajo las miradas de sus admiradores y de sus rivales. No obstante, al cabo de un largo rato, dió muestras de impaciencia. Volvió la cabeza y dijo:

—Señorita Aufridi, de ordinario no es usted habladora, pero hoy está usted completamente muda.

—Es verdad, señora, estoy preocupada... Pero no por eso progresa menos mi trabajo, no tema usted...

—¡Oh! estoy tranquila... Pero, ¿qué es lo que la preocupa, si no es indiscreción?

—Es que hoy el jurado del concurso para la decoración del Palacio de las Colonias, publicará su decisión.\* Y aquí todos esperamos que Mels, será el designado para obtener ese encargo importante...

—¡Ya lo creo! He oído hablar al conde de eso esta mañana, durante el desayuno... ¿Pero en qué consiste que Mels, se interese tan vivamente en decorar ese palacio?... Su reputación está afirmada ya...

—Sí, pero debe sostenerla. Y además, las ocasiones de abordar la gran pintura ¡son tan

escasas hoy!... Son excepcionales los cuadros de circunstancias tales como distribuciones de banderas, inauguraciones de Exposiciones y coronaciones de soberanos. Fuera del retrato y de la pintura de género ¿qué quiere usted que hagan los artistas? La decoración es imposible en las casas modernas, pues las habitaciones son reducidas y no quedan espacios entre las puertas y ventanas. A menos de cubrir las paredes de las estaciones de ferrocarril, ¿qué espacios se ofrecen á la inspiración de un maestro? Así es que ese palacio ha sido deseado por todos los artistas. El Instituto se ha movido; la política ha puesto en juego todas las influencias, el gobierno, vigilado por los periódicos, ha debido renunciar á hacer obra de favoritismo. El concurso ha sido serio, público, discutido, y la decisión que recaiga será dictada al ministro por un jurado compuesto de personas competentes. Ya puede comprender, señora, si han de tener interés, los que han luchado por el premio, en obtenerlo...

—¿No ha concurrido también el señor Mayrault?

A esta pregunta Teresa, levantó vivamente la cabeza y miró á la joven condesa con detención. Vióla tranquila y sonriente. Frotó su pincel por la paleta, aclaró un tono, y luego reposadamente:

—No, señora, Daniel Mayrault, no ha con-

currido. No le pareció decoroso hacer la competencia á su maestro...

La señora de Terrenoire, se tomó algún tiempo para contestar, y después con el mismo aire de indiferencia:

—Y además, tal vez no podía hacer dos proyectos...

Teresa, replicó secamente, casi con hostilidad:

—¡No la comprendo á usted!

—Pues no es cosa difícil. Se dice que el señor Mayrault, ha trabajado en el boceto del señor Mels, y las personas bien informadas llegan hasta á afirmar que es enteramente suyo...

—¡Qué infamia! Nosotros todos, los amigos de Mels, Ténéran, Celia, Bazin, y tantos otros, le hemos visto trabajar, aquí, en su proyecto...

—Pero el señor Mayrault, no ha puesto la mano en él—prosiguió la condesa sonriendo.—Y usted misma... A propósito, querida, deje que le hable con toda franqueza. Ayer comí en una casa con Godfrin, el músico, y oiga lo que decía: «No hay más que mirar el envío de Mels, para persuadirse de que es de Mayrault. Su misma abstención, por otra parte, es una prueba palmaria. La mano del joven maestro se reconoce en todos los fragmentos del boceto. Está compuesto con una franqueza que Mels no ha poseído jamás, y está pintado con una brillantez que nuestro



UNIVERSIDAD NUEVO LEON  
 "ALFONSO REYES"  
 Año 1625 MONTERREY, MEXICO

colega ya no tiene... ¡Aún hay más! Juraría que las flores que están en el ángulo, á la derecha de la tela, son de Teresa Aufridi... ¡Si se da el premio á Mels, será una injusticia, pues son sus discípulos los que lo han merecido!»

—¡Y no dárselo, sería una injuria injustificable!—exclamó Teresa, roja de indignación... Por otra parte, aunque Mayrault y yo hubiésemos, bajo la dirección de Mels, trabajado en su obra, ¿no hubiéramos seguido en ello la tradición de los grandes maestros? ¿Los discípulos de Rafael, no trabajaron en las Logias? ¿Teodoro van Toulden, no ejecutó acaso los cartones de Rubens? Y aún hoy día ¿no se sabe que los pintores de un taller se reúnen para ejecutar los dibujos de las grandes composiciones de su director? ¿Impide esto que la idea primera, el estudio de los detalles y la composición general pertenezcan al que es responsable de la obra acabada? ¡Mala fe, baja envidia, sistemático afán de denigrar! No hay duda que Mayrault, es un gran artista. Es lo mejor que hemos poseído, en pintura desde Regnault y Bastien. Tiene la riqueza de color del uno y el realismo de factura del otro. Pero Mels, también es un noble artista. ¡Y ha hecho, además, á Mayrault, lo que no es poco!

—¡Y el que ha hecho á Teresa Aufridi, que es mucho!—añadió la joven señora, sonriendo.—No se entusiasme usted, hermosa, ya

sabemos el cariño que tiene á Mels. ¡Es natural que le defienda usted!

—¡Ay, señora, sería una ingrata si obrase de otra manera!—exclamó Teresa, calmada súbitamente por la observación de la condesa.—Mas no por eso digo más de lo que me inspira la justicia. En mi protesta no hay la más ligera sombra de parcialidad.

—Pues bien, Teresa, no sé lo que ocurrirá hoy en el ministerio de Bellas Artes, pero si no estoy mal informada, hay que esperar un golpe teatral...

—¿De qué se trata?

—No lo sé, pero prepárese á una grande sorpresa.

Teresa, volvió á quedarse silenciosa, y continuó trabajando con inquietud. Pensaba en las dificultades y preocupaciones que aquel concurso creaba á su alrededor, desde hacía seis meses. Al principio, Mels, había decidido no tomar parte en la lucha. Le parecía que un artista como él, cargado de recompensas, llegado á la cúspide de los honores y de la gloria, debía dejar el campo libre á los talentos jóvenes y dejarles con toda libertad, sin concurrencia, el medio de afirmarse. Después, dos colegas suyos del Instituto declararon que entrarían en la liza, y los principales representantes de la escuela realista, los temibles rivales de Mels, los que con más aspereza le disputaban el favor del público, se habían decidido á luchar por el premio.

Desde entonces, el jefe de la escuela clásica no podía mirar con desinterés una batalla en la que estaban comprometidos los principios y en la que debía vencer ó sucumbir toda una estética.

Y entonces, con tanto entusiasmo cuanta era la indiferencia mostrada al principio, Mels, puso manos á la obra. Le pareció que era, en aquella lucha que comenzaba, el campeón del ideal, y que toda la gloria de los maestros desde el sublime Vinci, hasta el noble é impecable Ingres, estaba defendida por él. Juzgábase el representante de todo el linaje de adoradores de la forma. Y no triunfar, era, á sus ojos, hacer desmerecer á todos los grandes creadores de la belleza.

Empezó, pues, por meditar y por buscar intelectualmente el orden de su composición. En su juventud hubiera tomado febrilmente una tela, y vertido fogosamente la primera indicación del proyecto. La inspiración brotaba entonces de su fértil cerebro, y sus hábiles manos sabían expresar con naturalidad, sin esfuerzo, como alegremente, todo cuanto su imaginación concebía. La realización era tan inmediata, tan franca, tan fácil que hubiera podido tomarse por una improvisación. El pincel corría sobre la tela, como impulsado por una fuerza instintiva. La luz se armonizaba, los tonos se enlazaban, los colores se oponían por sí mismos con docilidad. Era la

época dichosa en que Mels, producía con des-  
preocupación y alegría.

Las cosas habían cambiado. Su trabajosa  
pintura traducía un asunto largamente me-  
ditado. Teniendo que realizar un programa  
claramente definido, Mels, buscaba motivos  
bien determinados, combinaba la distribución  
de las masas, se esforzaba en hacer resaltar  
el sentido filosófico del tema. Y hablaba  
con Mayrault y Teresa, tratando de caldear  
su imaginación. Sucediáanse los cigarrillos á  
los cigarrillos, y Mels, se paseaba soñador,  
absorto, por el taller, mientras que Teresa y  
Mayrault, pintaban con mano firme y franca  
espontaneidad, realizando su trabajo con una  
facilidad que desconcertaba al maestro.

Hacía tres meses que Mels, meditaba su  
boceto y aun no había logrado coordinar nada  
que tuviera visos de conjunto. Multiplicaba  
los estudios, amontonaba los documentos,  
cambiaba de modelos y variaba de posiciones.  
Su trabajo no adelantaba. Poníase de mal  
humor y su carácter tan homogéneo siempre  
iba volviéndose quisquilloso. Lamentábase al-  
gunas veces, dejando entrever que su espíritu  
crítico anulaba en él la facultad de crear.  
«Exijo demasiado de mí, y llego hasta el  
temor de hacerlo mal. No me atrevo á afron-  
tar el riesgo, y mi voluntad se paraliza.» Una  
tarde en que estaba más sombrío que de cos-  
tumbre, hizo quedar á Mayrault á comer, y

en el estudio, á presencia de Teresa, tuvo un  
verdadero acceso de desesperación:

—Hijos míos, no puedo ejecutar ya lo que  
siento. Nunca tuve más imaginación que aho-  
ra. Si pudiese traducir mi pensamiento sobre  
la tela, haría una obra maestra. ¡Y siento que  
voy siendo incapaz! ¡Qué dolor! ¡Es el fin  
de mi arte!

Entonces, con palabra inspirada, con una  
especie de furor genial, describió á Teresa y  
á Mayrault, la composición que había imagi-  
nado, que hacía meses acariciaba en su pen-  
samiento, y que su mano, que la duda hacía  
impotente, no lograba fijar en la tela. Evocó  
ante las miradas de los dos jóvenes el espe-  
jismo de su concepción, describiéndola con  
todos los detalles, explicándoles su alcance.  
Y uno y otra, llenos de respetuosa y admira-  
tiva piedad, escucharon al maestro que les  
explicaba la obra maestra que no podía pin-  
tar.

Ellos la veían con los ojos de la imagina-  
ción, y comprendieron su magnificencia. Se  
miraron, y cómplices de pensamiento, se com-  
prendieron en un instante: ¡Hagámosla! Di-  
jéronse sin vacilar. Estaban dispuestos á de-  
volver al maestro lo que habían recibido.  
¿Acaso no le pertenecía su hábil ejecución?  
El se la había dado. ¿No tenían obligación  
de ponerla á sus órdenes? ¿No era deber  
suyo ser los ejecutores de su pensamiento?

Empezaron desde el día siguiente. Y todas

las facilidades de la juventud, todos los aciertos de los primeros esfuerzos, todas las gracias encantadoras de los principiantes vinieron espontáneamente en su auxilio.

Estaban solos en el taller, mientras Mels acudía al Instituto ó á la Escuela de Bellas Artes. Y en el silencio de la vasta pieza, Mayrault y Teresa trabajaban con un placer y una facilidad inexplicables. Por la primera vez, colaboraban juntos, y aquella comunidad de ideas, entre un joven y una linda muchacha, que se conocían, no obstante, desde hacía algunos años, trastornaba sus impresiones. No se trataban ya como antes; su lenguaje, como por instinto, se había modificado. Había perdido el carácter de compañerismo.

Se miraban, cosa que no habían hecho hasta entonces. Habían vivido, uno al lado de otro, como extraños en el orden de los sentimientos, debiendo permanecer así siempre, como hermanos. Acababan de descubrirse, de un modo inesperado, y se encontraban simpáticos. Y como esto les extrañaba, por muchísimas razones, afectaban tratarse algo ceremoniosamente. Mayrault que había llamado siempre á su camarada: Aufridi, como un muchacho, la trataba de «señorita». Teresa continuaba llamándole: Mayrault. ¿Pero, qué nuevas delicadezas empleaba, en sus relaciones con él? Y además, sin darlo á comprender, se acicalaba con más cuidado y coqueteaba.

Cada noche ocultaban sus bocetos, con objeto de dar una sorpresa á Mels presentándole de pronto el proyecto realizado. Hacía una semana que Mayrault y Teresa trabajaban así á espaldas del maestro. Andrés terminaba el maravilloso grupo de jóvenes que llevaban ofrendas á la Esperanza, que debía formar el centro del *panneau* principal; Teresa, en un rincón de la tela, daba los últimos toques á las guirnaldas de flores que llevaban algunos niños. Ella se detuvo y se quedó en pie mirando como Mayrault trabajaba.

El verdadero fuego del genio resplandecía en su frente y brillaba en sus ojos. Su mano, como vibrante de alegría, esparcía los tonos sobre la tela con acariciador entusiasmo. Modelaba una cabeza de niña, y bajo su ligera brocha, de los vagos contornos iba precisándose la fisonomía. De la nebulosa preparación, poco á poco, como si fuera retirándose una máscara de aquella poética cara, la cabeza se acusaba en una deliciosa sonrisa, en una tierna mirada.

Y con repentina intuición Teresa se reconoció. Ella era en quien Mayrault encarnaba la belleza juvenil y triunfante. Y sentía á cada movimiento de la mano, á cada brochazo, como una caricia del pintor. El la cuidaba, la modelaba, la refinaba en toda su gracia, y la perfeccionaba en todo su encanto, con una pasión tan evidente, tan calurosa,